

CAPITULO LII.

Expedicion de Ojeda.



s he llamado, le dijo, para comunicaros un proyecto y para confiaros una mision que solo vos podeis desempeñar.

—Pláceme en extremo, contestó Ojeda, que os acordeis de mí. Esta vida me cansa; yo he nacido para vivir en el combate siempre; los azares de la guerra me deleitan; la paz me hastía; el peligro me embriaga.

—No ignorareis, añadió Colon, que muy cerca de aquí se hallan los dominios del cacique más formidable de Haití, Caonabo, rey de las minas de oro, nuestro más temible enemigo, nuestro más encarnizado adversario.

—¿Y quereis castigarle?

—No; quisiera su amistad, porque, creedme, Ojeda, la maña es preferible á la fuerza cuando se trata de arrebatar la independencía á un pueblo. Creo, pues, que con unos cuantos soldados, los que vos elijais, os interneis en los bosques en la direccion que os indicará el indio Diego, para que exploreis el terreno, hagais amistad con el cacique, ó por lo ménos podais volver con noticias de la extension de su territorio, de las poblaciones que cuenta, del número y calidad de sus habitantes, recogiendo ademas todo el oro que podais para llevarlo á España.

Dispuesto á obedecer instantáneamente aquella orden, eli-

gió los soldados más aguerridos, cargó algunos caballos con provisiones, llevó en su compañía algunos oficiales jóvenes y bizarros, que querian compartir con él los azares de la expedicion, y en uno de los primeros dias del mes de Enero se puso en marcha.

Envidioso de aquella distincion que habia merecido Ojeda, Gorbalan, uno de los capitanes más jóvenes y más valerosos de la escuadra, se presentó á Colon para pedirle el permiso para partir con otros hombres por distinto lado, y tener ocasion de distinguirse prestando un verdadero servicio al país.

Aceptó Colon su ofrecimiento, y Gorbalan partió en la misma direccion, aunque por opuesto lado.

El almirante y los que quedaron aguardaban con ansia el regreso de aquellos valerosos capitanes, para saber á qué atenerse.

Isabel sufría porque no habia podido acompañar á Ojeda.

Colon se lo habia prohibido resueltamente, y por otra parte, la retenia en la colonia un deber de afecto.

Américo Vespucio, personaje oscurecido entónces, no cesaba un solo instante de pensar en Esperanza, en el hijo de su amor.

El dolor moral habia alterado su salud, y era uno de los que más sufrían.

Su mal se agravó, y la tierra que más tarde debia llevar su nombre estuvo á punto de abrirse para sepultarle.

Durante su enfermedad le asistieron con fraternal cuidado Isabel y el doctor Chanca, que habia leído en su corazon las desdichas que sufría y habia simpatizado con él.

Los expedicionarios regresaron al cabo de pocos dias.

Ojeda habia tomado la direccion del Sur.

Los dos primeros dias fueron penosos para él y los que le acompañaban.

Tenian que abrirse camino por enmarañadas selvas.

Al ver la soledad en torno suyo, no podían ménos de entristecerse

Al caer de la tarde del segundo día llegaron á una elevada sierra, á la que abría paso una vereda que serpenteaba entre intrincados desfiladeros é insondables abismos.

La vereda se iba ensanchando poco á poco hasta llegar á la falda de la montaña.

En ella descansaron los españoles, y los primeros rayos del sol los despertó del sueño reparador á que se habían entregado, sin más protección que la de la Providencia.

¡Pero qué hermoso panorama se extendía á su vista!

Era una vasta y deliciosa llanura cubierta de aldeas, formadas por grupos de pintorescas chozas, adornada con bosques de una vegetación sorprendente.

Las plateadas aguas del río Yaquí corrían en distintas direcciones, aumentando la belleza de aquel inmenso, dilatado y verde valle.

—Allí nos espera la vida ó la muerte, dijo Ojeda á los suyos. A juzgar por el número de casas que desde aquí descubrimos, los indios que hay en ellas, si nos son hostiles, pueden destruirnos instantáneamente.

Juguemos un albur; bajemos á la llanura, penetremos en las aldeas y encomendémonos á la Virgen para que nos libre de todo riesgo.

Aquellos hombres se postraron de hinojos, y en tanto que el sol, saliendo por Oriente con sus vívidos rayos, inundaba de luz el paisaje, Ojeda y los suyos murmuraban la salve desde aquella altura que les acercaba más y más á Dios.

Con ánimo resuelto descendieron rápidamente al valle, y vieron con gran asombro que los indios, en vez de atacarlos, les ofrecieron hospitalidad, y al saber quiénes eran por el

intérprete Diego, se apresuraron á ofrecerles fragmentos de oro y agasajarles con todo cuanto tenían.

Todavía no era aquel el territorio de Caonabo.

Pero las sierras que limitaban el valle eran las invencibles murallas que la Naturaleza había dado al cacique para defender sus tesoros, que estaban en las entrañas de aquellas sierras.

Después de vadear varios ríos llegaron á las sierras del lado opuesto; por veredas y atajos penetraron en sus fragosidades y vieron con asombro que ni Caonabo ni los suyos les ponían obstáculos.

Caonabo no estaba á la sazón allí.

A pesar del cansancio que sentían, en las montañas, en la tierra, en los ríos, veían partículas doradas, lo que les hacía creer que todo en aquella parte de la isla era oro.

Los indios que se les acercaban y les acompañaban guiándoles por los atajos, delante de ellos, con la mayor facilidad separaban el oro de la arena y se los ofrecían.

En varias partes hallaron grandes pedazos de oro vírgen y piedras jaspeadas con venas del mismo metal.

Algunos de estos fragmentos eran tan grandes que pesaban ocho y nueve onzas.

Ojeda encontró uno en un arroyo, que fué más tarde la admiración de los reyes católicos y de cuantos le examinaron.

No había duda de que si á flor de tierra se encontraban aquellas riquezas, en las entrañas de aquella sierra debía haber grandes cantidades de oro.

Era preciso conquistar el país, y llevar allí trabajadores para que arrebatasen el tesoro del seno de la tierra.